

Kate Greathead

LAURA Y EMMA

Traducción del inglés de
Pablo González-Nuevo

 Siruela

Nuevos Tiempos

*En recuerdo de mi abuela,
Victoria Parsons Pennoyer,
que me lo desenseñó todo*

*Alguien les cosió los ojos
con aguja e hilo
y cuando hablan
lo compensan
con estrepitosas voces.*

SUSAN MINOT,
Boston Ancestors

1980

Algunas veces, Laura se despertaba por la noche angustiada por pensamientos que nunca tenía durante el día. Una preocupación que solía asaltarla a esas horas era que el apartamento en el que vivía no le pertenecía. Era suyo, su nombre estaba en la puerta, poseía el título de propiedad, pero eso no siempre sería así. Algún día pasaría a ser de otra persona.

Mirar a su alrededor, imaginando las cajas con sus pertenencias, que serían transportadas por los operarios de mudanzas, le resultaba inquietante. Sin embargo, ese era el destino inevitable de todos los apartamentos —no pertenecían a nadie en realidad—. Dentro de cien años los hogares de todas las personas que conocía estarían habitados por generaciones futuras cuyos gustos en música y arte, en cine y en moda le resultarían completamente ajenos. De todas formas, ello no tenía importancia, pues para entonces tanto ella como sus conocidos estarían muertos.

Era ridículo preocuparse, pero en el solemne silencio de la madrugada aquellos pensamientos la consumían y, de haber tenido un marido, Laura imaginaba que lo habría despertado para desahogarse contándoselo todo. Él se reiría, diciéndole que era absurdo. Y también ella se echaría a reír. Entonces, sintiéndose reconfortada y segura entre las cuatro paredes que la rodeaban, volvería a dormirse.

En otras ocasiones, Laura pensaba que estaría bien tener marido, sobre todo cuando algo se estropeaba y era demasiado tarde para llamar al casero. Si se daba cuenta después de las nueve de la noche de que la ventana de su habitación se había

atascado, hinchada a causa de la humedad, o si el detector de humos comenzaba a sonar porque tenía poca batería, tenía que aguantarse y esperar hasta la mañana siguiente. Eso era todo. Dejando a un lado ese tipo de situaciones, Laura se las arreglaba muy bien sin un hombre en su vida.

Aun así, la idea de que en realidad no pertenecía a aquel apartamento la angustiaba.

—De veras, no importa con quién te cases —había dicho en más de una ocasión la madre de Laura—. Por muy profundamente enamorada que estés al principio, llegará un día en que estarás sentada a la mesa frente a él y pensarás: «¡Cualquier cosa, cualquier cosa, cualquier cosa sería mejor que esto!».

Laura nunca había amado a nadie con locura, ni siquiera con cordura. No aborrecía el sexo, aunque tampoco le gustaba particularmente. La idea de tener que hacerlo como norma le parecía agotadora. No era una mujer con inclinaciones románticas o sexuales. Según había oído, eso le ocurría a cierto tipo de gente, y ella sospechaba que pertenecía a esa categoría. Sin embargo, al cumplir los treinta decidió buscar una opinión profesional y pidió cita con un psicoanalista.

La consulta estaba situada en la planta baja de un edificio de arenisca de Turtle Bay, y el psiquiatra era un hombre mayor —algo que le resultó reconfortante—, de rostro amable e inteligente. Era evidente que había sido atractivo en su juventud, pero no de un modo amenazante. Después de invitarla a entrar en su gabinete, se sentó frente al escritorio y le indicó que tomara asiento en la silla situada frente a él.

—Antes de comenzar, me gustaría responder cualquier pregunta que pueda tener acerca de cómo funciona esto y que me hable un poco de usted y de los motivos que la han traído aquí.

—Sé cómo funciona —contestó Laura—. Me temo que no seré una paciente de larga duración.

Laura hizo una pausa, pues quizá él solo estuviera interesado en ese tipo de pacientes. Al ver que no decía nada, siguió explicando el motivo de su visita.

El matrimonio nunca había atraído a Laura del mismo modo en que atraía a otras mujeres. Se sentía halagada y agradecida ante las atenciones de los hombres, pero podía vivir sin ellas. Estaba más que satisfecha con las decisiones que había tomado en la vida y con su actual situación.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—No estoy segura —admitió Laura—. Hace poco he ido al médico para el chequeo anual y, según los resultados, todo parecía estar bien. Así que supongo que he venido con la esperanza de que pudiera usted llevar a cabo el equivalente en psicoanálisis.

—Un chequeo mental rutinario, digamos —dijo el psicoanalista, riendo—. Quiere usted un certificado de buena salud mental.

Laura sonrió con timidez.

—Bueno, por lo que me ha contado no parece haber ningún problema —prosiguió él.

—Tal vez ha sido una tontería venir.

El rostro del psicoanalista adoptó de repente una expresión seria. Se puso de pie y señaló el sofá que estaba en la otra punta de la habitación.

—Si se tumba podemos empezar.

A Laura le incomodaba la idea de tumbarse delante de un desconocido, de modo que le preguntó si podía sentarse en el sillón.

—Usted decide. En cualquier caso, a mucha gente le resulta más fácil sincerarse estando tumbada.

Dispuesta a colaborar, decidió acostarse en el sofá. El psicoanalista se sentó a su lado en una butaca, con un cuaderno y un bolígrafo en el regazo.

—¿Debo empezar por mi infancia? —preguntó ella después de un minuto de silencio.

—Si quiere —dijo él.

En lugar de hablar de sus padres y su hermano, o de describir la atmósfera general de su educación, comenzó describiendo cómo era una mañana normal durante su primera infancia. Se

reducía a sentarse en el retrete para intentar hacer «popó» como decía su niñera. Marge insistía en que lo hiciera todos los días justo después de desayunar, de modo que la jornada de Laura quedaba en suspenso hasta que lo conseguía. Después, Marge entraba en el cuarto de baño para examinar el resultado. El aparato digestivo de Laura no siempre cooperaba conforme a las expectativas, por lo que se había pasado sola muchas mañanas sentada en el retrete durante horas, empujando y empujando y empujando hasta quedarse casi sin aliento, y sin ningún resultado que mostrar, a pesar de sus esfuerzos.

Mientras Laura revivía aquellas escenas allí tumbada, los contornos de los focos encastrados en el falso techo se volvieron borrosos y se dio cuenta de que estaba llorando. Se alegró de estar tumbada, pues de ese modo el psicoanalista no podía verla. Pero en ese momento una caja de pañuelos apareció junto a su pecho. Él se había acercado al diván para ofrecérselos. Quizá su respiración acelerada la había delatado.

—Esto es muy embarazoso —dijo ella, cogiendo un clínex y secándose los ojos con cuidado.

—En absoluto —respondió él con amabilidad.

Laura se disculpó diciendo que necesitaba ir al baño. Se sonó la nariz y se refrescó la cara con agua del grifo. Cuando se sintió más tranquila, regresó al sofá para continuar la sesión, esta vez sentada.

Uno de los errores que la gente solía cometer al pensar en Laura era que no se preocupaba por su aspecto. Esto se debía, en gran medida, a la sencillez de su fondo de armario. Para ir a trabajar se ponía un jersey blanco de cuello vuelto, una de sus cinco faldas Laura Ashley, que iba rotando, y un par de botas de vaquero de la marca Frye. Hacía un año, un fotógrafo llamado Bill Cunningham había tomado una instantánea suya con ese mismo conjunto. Laura estaba esperando en el paso de cebra de Lexington con la Sesenta y Uno y no se enteró de que la habían fotografiado hasta que la imagen se publicó como parte de una serie de retratos

a pie de calle publicada por el *New York Times*. Su madre había sido la primera en verla y había llamado a Laura para avisarla. Como no podía parar de reír mientras se lo contaba, tuvo que ponerse al teléfono su padre para indicarle en qué página del periódico aparecía su fotografía.

Laura había colocado el recorte, con un imán, en la puerta de la nevera. Sin embargo, aquello enseguida le pareció una muestra de egocentrismo, de modo que lo quitó y, con la intención de conservarlo, lo guardó en algún lugar que luego olvidó.

Algunas de sus amistades se rieron al ver la fotografía. De toda la gente que conocían, Laura era la última persona a la que habrían esperado encontrarse en las páginas del *New York Times* como ejemplo del estilo de Manhattan.

Era cierto que a Laura le importaba poco la ropa, aunque la gente que la conocía solía dar por hecho que su falta de interés por la moda respondía en realidad a una honda preocupación por el destino del planeta Tierra. Todo lo que poseía acabaría algún día en un vertedero, por lo que evitaba adquirir cosas que no necesitaba. En una ocasión había oído decir «Úsalo, gástalo, sácale partido o apáñate sin ello», y desde entonces pensaba en aquella frase con un sentimiento de culpabilidad cada vez que se compraba algo nuevo, lo que ya de por sí suponía un calvario, pues, por lo general, le resultaba difícil encontrar cosas de su talla. Laura era tan menuda que tenía que hacerse a medida la mayor parte de la ropa, un sistema que le permitía evitar el mal trago de tener que rebuscar en la sección infantil de las tiendas que visitaba.

Una tarde estaba en la sección de ropa de niño de los grandes almacenes Morris Brothers, situados entre la Ochenta y Ocho y Broadway, en busca de una nueva parka para el invierno —había rebajas— cuando sintió algo caliente y mojado contra su muslo. Cuando miró hacia abajo, vio a un chiquillo de unos tres o cuatro años que se frotaba contra la pernera de sus vaqueros, al parecer tratando de limpiarse la nariz.

—Disculpa —dijo Laura, al darse cuenta de que la había confundido con su madre—, pero no te conozco.

El pequeño levantó la vista hacia ella. Su cara se puso tensa y al instante empezó a respirar con fuerza, disgustado. Cada vez que soltaba aire, una burbuja de mocos verdes se inflaba en su nariz.

—Tú no eres mi mamá —dijo el niño, sacudiendo la cabeza.

Había un deje petulante y acusador en su voz, como si Laura hubiera intentado hacerse pasar por su madre con la intención de secuestrarlo.

—No pasa nada —respondió Laura intentando que se tranquilizara—. Seguro que tu madre está en alguna parte de la tienda. Te ayudaré a encontrarla.

Extendió la mano para acariciarle la cabeza, pero solo consiguió que el chiquillo se mostrara más desconfiado. Después de apartarle el brazo, el pequeño trastabilló hacia atrás, perdió el equilibrio y se cayó de culo. Durante un instante permaneció en silencio, con expresión desconcertada y algo aterrada, como si estuviera representando el papel de niño en una película y se hubiera olvidado de su diálogo. Entonces abrió la boca y empezó a gritar.

—¡Joshua! —chilló una voz igualmente aterrada desde el otro extremo de la tienda.

Una mujer corrió hacia ellos dando grandes zancadas.

—¿Lo ves? Te dije que estaba aquí —dijo Laura contenta, y se hizo a un lado mientras la madre se lanzaba sobre el niño como un ave de presa, lo abrazaba salvajemente y le cubría la cara de besos.

Mientras la dramática reunión tenía lugar delante de sus ojos, Laura se sintió un poco incómoda al verse asaltada por dos pensamientos; el primero de ellos, que el chiquillo la hubiera confundido con una mujer tan poco atractiva, con el aspecto de algunas amas de casa que a menudo se veían trajinando por el Upper West Side (aunque Laura era consciente de que no vestía con elegancia, le costaba aceptar que quizá perteneciera a la misma categoría que aquella desconocida). El segundo no fue tanto un pensamiento como la repentina consciencia de su absoluta irrelevancia en el universo de aquellas dos personas, cuyos pará-

metros parecían haberse constreñido hasta el punto de que en él solo había cabida para el niño y su madre. Que algo así le doliera hizo que se sintiera al mismo tiempo incómoda y avergonzada.

Con excepción de Margaret, casi todas las mujeres de su edad que conocía ya tenían hijos. Aunque algunas de ellas admitían en privado haberse sentido desconcertadas al principio por la diminuta criatura que se habían llevado a casa al salir del hospital —Edith había llegado incluso a comparar a su pequeño con un extraterrestre—, por lo general solo era cuestión de tiempo que cayeran bajo el embrujo de un amor materno incondicional. Si bien esa parecía ser la tendencia universal, a Laura todo aquello le recordaba más a una partida de dados: permitir que el destino te asignara a una persona a la que se suponía que debías adorar durante el resto de tu vida. Lo cierto es que no era posible elegir al hijo que se tenía; y, aunque la mayoría de las madres que conocía daban la impresión de haber recibido exactamente lo que habían pedido, a ella le seguía pareciendo algo de lo más arrogante.

Incluso egoísta. Hasta el año 1804 la población mundial no alcanzó la cifra de mil millones de personas. Y habían tenido que transcurrir otros 123 años para que dicha cifra se duplicara. Lo que Laura imaginaba que era el drama más terrible para la mayoría de la gente que la rodeaba —no tener hijos— para ella era el mejor regalo que podía hacerle al planeta.

—¿Cuáles son sus sentimientos con respecto al dinero? —le preguntó el psicoanalista en la segunda sesión.

A Laura le pareció una pregunta extraña. No estaba segura de qué debía responder.

Sus ingresos no eran demasiado elevados, aunque poseía un modesto depósito que anualmente generaba beneficios que el contable de su padre transfería a su cuenta bancaria. Este dinero extra le permitía hacer donaciones a varias organizaciones sin ánimo de lucro, como el Consejo para la Defensa de los Recursos Naturales, la Comisión para las Personas sin Hogar de la ciudad de Nueva York, la Radio Pública Nacional y el Fondo para

Becas de la Escuela Barnard. Lo que quedaba de ese dinero que no había ganado con su trabajo lo repartía en forma de propinas navideñas entre el superintendente del edificio de apartamentos donde vivía, su modista, el hombre que le cambiaba las suelas de los zapatos, varios cajeros de su supermercado, el propietario del puesto de perritos calientes donde compraba una Cola-Cola cada tarde, la cartera que le llevaba el correo y la agradable familia que regentaba la lavandería del otro lado de la calle.

No le contó nada de esto a su analista, pues no le pareció importante.

—Mucha gente se siente incómoda al hablar de dinero —dijo él tras un momento de silencio.

—No me incomoda hablar de ello —aclaró Laura—. Simplemente no me interesa. No me parece que tenga nada que ver con los motivos que me han traído aquí.

—¿Y qué diría usted que está haciendo aquí?

—Pensé que el psicoanálisis era útil, sobre todo, para descubrir el verdadero impacto emocional de la infancia.

—¿Y opina usted —preguntó el psicoanalista— que haberse criado en una familia tan acaudalada ha tenido alguna clase de impacto?

La palabra «acaudalada» hizo que Laura se sintiera incómoda. Ni ella ni sus más allegados solían utilizarla, y deseó que el psicoanalista no la hubiera pronunciado.

—Hay muchas cosas de las que me resulta difícil hablar —dijo ella—. Cosas que nunca he comentado con nadie. El dinero no es una de ellas.

—¿Y qué me dice del sexo? —preguntó él.

El verdadero motivo por el que al paciente se le sugería estar tumbado, intuyó Laura, era evitar que pudiera ver al analista y lograr que, de ese modo, el paciente se sintiera menos cohibido. Sin embargo, ese día el psicoanalista había colocado su butaca de tal manera que ella podía ver uno de sus zapatos y parte de su pantorrilla. Debía de estar sentado con las piernas cruzadas, pues el pie estaba suspendido en el aire y se agitaba con nerviosismo, de un modo que resultaba incongruente con el tono de voz tran-

quilo y medurado con que se expresaba. Como les sucedía a muchos hombres, el pantalón se le había subido por la pantorrilla al cruzar las piernas, dejando al descubierto un calcetín negro y un par de centímetros de su pálida y peluda espinilla.

—¿Qué pasa con el sexo? —preguntó Laura, a su vez.

—¿Y bien? —El pie que oscilaba en el aire fue ganando velocidad hasta agitarse como la cola de un perro cuando saluda a su amo—. ¿Se masturba usted alguna vez?

—Me alegro de que lo hayas dejado —dijo Margaret, la amiga más antigua de Laura y también su confidente—. Todo eso es un timo. Piensa en todas las personas que conocemos que van a terapia. ¿Acaso parece haber mejorado alguna de ellas?

Laura sopesó la pregunta.

—Los neoyorquinos son muy dados a ese tipo de cosas —continuó Margaret—. El otro día en Bloomingdale's escuché de pasada a una mujer que hablaba sobre la terapia primal¹. —Margaret hizo una pausa, a la espera de una reacción por parte de Laura—. Es esa en la que pagas cien dólares por el privilegio de sentarte en la consulta de un supuesto doctor para poder chillar a pleno pulmón.

—He oído hablar de ella.

—Al parecer hace falta todo un año de consultas semanales para que surta efecto, aunque esta mujer afirmaba haberse curado en una sola sesión. O, como ella misma declaró, le «había salvado la vida» —dijo Margaret, riéndose—. ¿Alguna vez has escuchado algo más ridículo?

—¡Pobres vecinos! —exclamó Laura.

¹ También conocida como terapia del grito, desarrollada por Arthur Janov a principios de los años setenta. (*Todas las notas son del traductor.*)